

EL JOVEN PORCEL

Una ascensión literaria en
la Barcelona de los años sesenta

SERGIO VILA-SANJUÁN



DESTINO

Sergio Vila-Sanjuán

El joven Porcel

Una ascensión literaria en la Barcelona
de los años sesenta

© Sergio Vila-Sanjuán, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-233-5768-0
Depósito legal: B. 21.496-2020
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SUMARIO

Introducción.	11
La llegada y la conspiración.	13
<i>Flashback</i> mallorquín: del realismo mágico al desarrollismo	25
Concha Alós, amor prohibido	43
Empieza el despegue: novelas y amigos	51
Un despacho junto al Turó Park.	67
Premio ganado, premio anulado, premio recuperado	75
Llorenç Villalonga: una sinuosa relación	85
Josep Pla: fascinación y enfriamiento	109
Elaborando (a su manera) el canon del catalanismo.	131
Un estreno muy agitado	165
El acorazado de la calle Pelayo.	177
El nombre nefando.	197
Encuentros con el poder español	203
Viaje a Oriente.	227

De nuevo el Planeta, la crisis de la novela y el conflicto con Arbó	235
Un nuevo amor, en París.	249
La consagración y el jersey doble	263
Fin de una historia	273
El Club Pueblo, la débil burguesía y su hija la Gauche Divine	291
El último editor del <i>boom</i>	305
De los rascacielos a los <i>hippies</i>	315
En la Revolución cultural china	321
Epílogo.	329
Adenda: sobre este libro.	335
Fuentes.	339
Índice onomástico	355

LA LLEGADA Y LA CONSPIRACIÓN

Ha desembarcado en Barcelona a primera hora de la mañana del 22 de abril de 1960. Ve las Ramblas, como en un grabado romántico, esfumarse entre la niebla, y reflexiona que a esa hora, en Mallorca, el sol ya debe de caer sobre el gallinero y los dos almendros que hay bajo la ventana de su cuarto. La urbe le parece gris; la gente, huidiza. Cuenta apenas con trescientas pesetas en el bolsillo.

Ha cogido el metro hasta la estación de Fontana, y a él, que viene de un lugar famoso por su calma, le choca la prisa de la gente: unos corren del andén al ascensor, otros se apresuran por las escaleras.

Se queda unos minutos esperando frente a la puerta cerrada del elevador junto a una señora rolliza con dos niños rubios, un cura que lee su breviario, otra mujer con un capazo lleno de hortalizas y un matrimonio mayor. Observa los personajes, memoriza sus trazos definitivos, como si tuviera que describirlos.

Camina hasta su primer domicilio en la ciudad. Es la casa de un crítico literario. Se llama Joan Triadú, y el joven mallorquín le escribió desde Palma lanzándole un SOS un mes antes. Llama a su puerta a las nueve y media de esta mañana, cargado con dos maletas. Su anfitrión le recibe vistiendo una bata clara.

Triadú es una figura conocida y respetada de las letras barcelonesas. Traductor, poeta (y se le debe una *Antología de la poesía catalana*, muy influyente, publicada en 1950), se halla en el centro de la *represa* cultural, el movimiento que pretende revitalizar la literatura y la cultura en lengua catalana, que ha sido sometida a severas prohibiciones y restricciones tras la victoria del bando nacional en la guerra civil española.

Triadú había publicado en una revista escolar (*Forja*) una reseña positiva de su obra de teatro —y primer libro— *Els condemnats*, y se la envió al joven mallorquín, quien no le contestó inmediatamente. Pero, tras el estreno de la pieza en Valencia, «y también por motivos personales que ahora no vienen al caso, y porque el ambiente de Mallorca me ahogaba, decidí saltar de la isla y, después de intentarlo en Valencia sin conseguirlo, escribí a algunos amigos de Barcelona, y entre ellos al incógnito Triadú, pidiendo trabajo»,¹ según recordaría años más tarde.

Sí, el joven de Andratx quiere dejar la isla, urgentemente, y le ha pedido a Triadú que le busque trabajo, ofreciéndose para cualquier cosa que pueda surgir. Ha estudiado —detalla— correspondencia comercial; puede enseñar catalán, y otras materias. No demanda mucho sueldo, solo lo necesario para vivir. Y se describe a sí mismo: «Físicamente soy alto —1,78, más o menos— y más bien delgado...».

En aquel lejano mes de marzo de 1960 Triadú le ha

1. En este libro aparecen citados textos publicados e inéditos de Baltasar Porcel —y de otros autores— que tienen su versión original tanto en catalán como en castellano, así como correspondencia en ambas lenguas. En las citas en catalán, la versión ha corrido a cargo de Olga García Arrabal.

contestado rápido: es posible que le encuentre algo «en una escuela católica de secretarías, a grupos de chicas digamos “bien”, de dieciséis a dieciocho años». Se trata de la institución cultural del CICF, Centro de Influencia Católica Femenina, donde Triadú tiene mano (la acabaría dirigiendo). Las clases, le informa, se suelen pagar a cincuenta pesetas la hora, «de modo que si hicieses cuatro a la semana te acercarías a las mil mensuales».

El protector barcelonés añade que si le localizaran «una residencia baratita» podría ir tirando económicamente, con la posibilidad añadida de hacer traducciones y mucho tiempo libre para escribir. «Más adelante, en cuanto sea posible, debemos poner la vista en una revista literaria catalana... Ya hablaremos de ello.»

A Porcel todo le parece bien, y reconoce la generosidad de su corresponsal: «Ayer recibí la suya del 3. Me ha dejado, sencillamente, perplejo. Lo que usted ha hecho por ayudarme es mucho más de lo que yo podía imaginar, acostumbrado a nuestro ambiente isleño», le responde el 6 de abril de 1960.

El joven podrá desplazarse a Barcelona después de Pascua, el 19 o 20 de ese mes. En la ciudad tiene un amigo, el poeta Toni Sala Cornadó, pero, escribe, «no quiero ser una carga para él», y con las mil pesetas aventuradas se buscaría algún alojamiento. Añade que seguramente al llegar podrá mostrarle una comedia que tiene casi acabada y una novela «en la línea de la narrativa italiana de hoy».

Triadú responde de nuevo pocos días antes del gran viaje. Le ha encontrado, efectivamente, trabajo, pero no el inicialmente previsto. Se trata de un puesto «lo bastante importante como para no poder esperar a octubre» y hay que cubrirlo rápidamente. Va a poner en contacto al joven con su amigo el empresario Ermengol Passola, pro-

pietario de Muebles Maldá, un conocido negocio de la ciudad, donde Baltasar entrará como ayudante del director comercial, con horario de ocho horas y un sueldo de tres mil pesetas al mes.

Se trata de comprobar «si se efectúan las ventas, qué pasa en el almacén, etc.», según le detalla Triadú, mientras que en la escuela de secretarías ya no les queda ninguna plaza para este curso.

Y en una carta posterior le propone, abierta y generosamente, que si no encuentra otro sitio donde instalarse, puede hacerlo en su propia casa (el teléfono, detalla, es el 28-03-73).

Y así va a ser. Baltasar Porcel no duda en acogerse a la generosidad de Triadú y muchos años más tarde recordará con emotiva contención el ambiente hogareño... muy pronto caldeado por las circunstancias políticas.

«Era aquel un mundo catalanista, menor, aunque de insólita voluntad», señala. «Me acuerdo de Joan Triadú en abril de 1960, en su casa de Barcelona, el pequeño comedor lleno de luz, él, su mujer y yo almorzando, con el teléfono encima de la mesa sin dejar de sonar, él hablando una y otra vez, y cuando Triadú se quedaba libre cogía *La Vanguardia* y leía en voz alta, mientras traducía al catalán, las noticias significativas políticamente hablando...»

El crítico despliega «un gran sentido del humor y una fe inconmensurable en sus ideales, que más o menos eran Cataluña, la lengua catalana, el catolicismo y el antifranquismo».

Su esposa, Pilar Vila-Abadal, es «voluntariosa, alta y realista». Tienen dos hijos, Teresa, «una niña pequeña, rubia, de ojos azules», y Joaquim, «que aún está[ba] en la cuna». Viven en la avenida Príncipe de Asturias, «un piso alto, en realidad dos enlazados, muy luminoso, con muchos libros».

Triadú se gana la vida «dando clases de literatura o lengua catalana en su casa». Hoy resulta emocionante ver cómo el ya maduro crítico hace todos los esfuerzos del mundo por ayudar al joven al que casi no conoce, pero en el que debe de intuir algún potencial muy singular. La generosidad se despliega en varias direcciones: «Almuerzo en cualquier sitio, aunque él me ha invitado ya unas cuantas veces y cada día su mujer me invita, pero yo no acepto y me voy por ahí», le escribe Porcel a su mentor, que ha quedado en Mallorca, Llorenç Villalonga. Al cabo de unas semanas llegará a un acuerdo temporal con el crítico, a quien va a pagar quinientas pesetas al mes por habitación —con balcón, mesa de despacho y cuarto de baño para él solo— y desayuno.

Sucede, sin embargo, que, justo cuando llega Porcel a Barcelona, Triadú y su amigo el empresario Passola ya se encuentran implicados en una gran conspiración.

Las incesantes llamadas telefónicas tienen que ver con una actividad clandestina. Junto con otros amigos de la *represa* catalanista, planean dar un golpe de efecto aprovechando nada menos que la estancia en Barcelona del Caudillo de España, Francisco Franco.

Todo había empezado más de un año antes.

Según Enric Canals, cuyo estudio de este periodo sigo, los hechos del Palau de la Música del 19 de mayo de 1960 culminan una dinámica de agitación catalanista que había arrancado con la campaña contra Luis de Galinsoga, procurador en Cortes y director del diario barcelonés más leído, *La Vanguardia*, cargo en el que había sido impuesto a la propiedad en 1939 por el Régimen.

El 21 de junio de 1959, Galinsoga se había encarado con un sacerdote de la parroquia barcelonesa de San Il-

defonso reprochándole que allí se celebraran misas en catalán. Al responderle el religioso que era lógico por la presencia de los feligreses catalanoparlantes, y añadir que solo se realizaban dos sobre las ocho programadas en domingo, Galinsoga contestó: «Pues diga a ese señor [el párroco Narcís Seguer] y a todos sus feligreses que son una mierda».

A la salida, según la versión más difundida, se topó con una señora a la que habría espetado: «Todos los catalanes son una mierda» (no he podido encontrar confirmación de la identidad de ella).

El párroco y Galinsoga cruzaron algunas cartas en las que el publicista intentó salir del paso. Y los círculos de oposición catalanista vieron en este feo incidente una oportunidad que desplegaron pocas semanas más tarde, después del verano. En la imprenta Tipografía Studium del activista Francisco Pizón, se tiraban tres mil ejemplares de la hoja clandestina titulada «Todos los catalanes son una mierda», donde se recogía todo el episodio como ejemplo de que «en la España actual somos un pueblo arrinconado y maltratado. Maltratado en todo: en nuestros valores espirituales más elevados, en nuestra habla, en nuestra cultura, en nuestra economía, en nuestros derechos más elementales».

Siguen otros folletos, la protesta adquiere volumen, se pide el boicot a *La Vanguardia*, las ventas y la publicidad del diario bajan y al final, para alivio de su propietario, Carlos Godó, el propio Franco acaba cesando a Galinsoga.

Pero el activismo catalanista ha cogido vuelo, incorporando nuevos objetivos, y va a alcanzar su clímax con los llamados Sucesos del Palau de la Música del 19 de mayo de 1960.

Se ha programado un concierto de homenaje en el

centenario del poeta Joan Maragall, que organiza el Orfeó Català. A la función han anunciado su asistencia varios ministros de Franco, quien en esos momentos rinde visita oficial a Barcelona.

Está prevista la interpretación de la sardana *El cant de la Senyera*, con letra de Maragall y música de Lluís Millet. Esta pieza ha ocupado con cierta regularidad en el olimpo catalanista funciones sustitutorias del himno romántico, y vengativo, *Els segadors*. Tres días antes de la gala, el gobernador civil de Barcelona, Felipe Acedo Colunga, advierte a los responsables que la retiren del programa, cosa que hacen.

Al concierto, muy controlado por agentes de la Brigada Político-Social, asisten cuatro ministros: Jesús Rubio, José Solís, Alberto Ullastres y Camilo Alonso Vega. Al acabar la música autorizada una parte del público empieza a cantar la pieza prohibida, ante el desconcierto y malestar de ministros y policías, lo que genera un notable alboroto.

Detrás de toda la operación se halla —evocaría Porcel— «un personaje con aspecto de primera comunión».

Esa misma noche la policía, dirigida por el inspector jefe de la Sexta Brigada e Investigación Social, Vicente Juan Creix, detiene a una veintena de personas. Los agentes encuentran en varios domicilios hojas clandestinas, que documentan distintas acciones del catalanismo contra el Régimen, y ya en comisaría se suceden los malos tratos y palizas a los detenidos.

En pocos días la investigación lleva hacia un responsable último: el joven Jordi Pujol, médico no ejerciente, detenido en su domicilio en la madrugada del 22 de mayo. Es el autor de las octavillas contra Galinsoga —él mismo se desplazó a la parroquia, donde recabó información para redactar la primera, que su esposa Marta

pasó a máquina— y de otras muy críticas contra la dictadura, como la octavilla «Os presentamos al general Franco», que aparece en los registros. Durante los interrogatorios es golpeado y sometido a distintas torturas. Por la tipificación de su delito (actividades clandestinas contra el Régimen) y por su condición de alférez en la reserva (había hecho las milicias universitarias), va a ser procesado, junto al impresor Francisco Pizón, en una causa sumarisísima ante la justicia militar.

El consejo de guerra se celebrará el día 13 de junio en la Sala de Justicia del Gobierno Militar de Barcelona.

Son estos unos meses intensos. Tras los sucesos del Palau, el nombre de Pujol corre «mítico, de boca en boca, pintarrajeado en las paredes. Reinaba un terror oculto, brutal». Y, simultáneamente, «la policía desarrolló una persecución terrible, plagada de detenciones y torturas».

Baltasar nunca ha vivido nada parecido; en la isla llevó una vida apacible. Y políticamente marca sus distancias. «Yo comulgaba con el ideario catalanista. Pero no tanto. Y rechazaba la democracia cristiana. Mi impulso más hondo, avasallador, era el de una revuelta visceral. Pero el contexto me forzaba al activismo.»

Sin embargo, se ve sumergido en la vorágine. Su jefe, Ermengol Passola, le insta a pasar a la acción junto con otras dos empleadas de la tienda de muebles. El lugar de trabajo clandestino es un despacho de la calle Leona, «polvoriento altillo, entre bares de prostitutas».

El joven conspirador y sus compañeras —Montserrat Escudé y Maria Plubins— se encargan de producir un boletín con noticias de lo que está ocurriendo. Lo imprimen con una multicopista, manchándose de tinta. Introducen los ejemplares en sobres y envían una parte por correo. El resto lo distribuyen, a través de una red de

buzones de confianza, Baltasar y el propio Passola, a bordo de un Seat 600 del empresario.

Cierta noche, en un semáforo, se detiene a su lado una furgoneta de la policía política, los temidos «grises», y la ansiedad se apodera de Baltasar hasta el punto de que tendrá que consultar con un médico.

El jefe le envía a dejar un paquete en los talleres del primer periódico de la ciudad. Accede al edificio de *La Vanguardia* por la puerta rotatoria de la calle Pelayo, pero allí lo envían a la entrada posterior, en la calle Tallers. Nerviosísimo, acaba deshaciéndose de la carga en una cloaca. «Nunca había pasado tanto miedo, ni entendía en qué fregado me hallaba, en aras de una hipótesis patriótica cerrada cual cielo nocturno».

«Fue un tiempo de inseguridad, de esperanza, de rabia. Passola, en el trabajo de la tienda y en la *subterraneidad* catalanista, era siempre el mismo: enérgico, obsesivo, activo, ideológicamente inalterable. Yo era un joven inexperto, buscaba y buscaba, con un tozudo subconsciente».

La policía los acosa. Y sigue «dando palizas» a distintos detenidos.

Simultáneamente, el joven cumple con su rutina diaria. Muebles Maldá «es una gran tienda de muebles modernos, con tres grandes pisos de exposición y una treintena de empleados», le escribe a su mentor, Villalonga. Passola es un jefe duro que exige a su veinteañero ayudante «despedir a las dependientas que no logran duras ventas». A Porcel le toca hacer, según propia expresión, «de príncipe Juan Carlos, es decir, todos los trabajos de la tienda, desde carpintería hasta decoración, pasando por oficina, psicología, las “cuentas secretas” del dueño y cargar muebles».

En estos tiempos, con la nostalgia de las Baleares,

Barcelona le parece al escritor «un inmenso escenario sórdido; caminaba y nunca llegaba al campo; por la noche oteaba el cielo, purulento y rojizo, nunca azul».

Desde el punto de vista más cotidiano, «aquí se trabaja mucho, a lo bestia, y la gente no tiene tertulias como en Palma», se lamenta a Villalonga.

Y en junio arranca el consejo de guerra.

«Un día que llegaba de Castelldefels, de la playa, Triadú me dijo: “Mañana le hacen el consejo de guerra a Pujol”. Allí que fuimos, al lado de Colón, al Gobierno Militar o como se llame. En la puerta nos pidieron el carné de identidad. Al ver el mío de mallorquín me preguntaron:

»—Y usted ¿qué tiene que ver con esto?

»Yo contesté: “Nada, que pasaba por aquí”. Y llevamos al corresponsal del *Daily Telegraph*, un hombre pequeño, enjuto y descolorido que vivía en La Floresta y que a empellones situamos en la primera fila...»

No son los únicos civiles presentes. Junto a Triadú, Porcel y el corresponsal, se encuentran allí integrantes de círculos catalanistas como el abogado Josep Lluís Vilaseca o el sacerdote e historiador Casimir Martí. También el periodista Joan Anton Benach. Seguirán el juicio de pie.

En este consejo de guerra se genera un mito clave del catalanismo contemporáneo. Lo preside el general de División Ángel González de Mendoza; con él se sientan tres generales de brigada. Actúa como fiscal el coronel auditor Jesús Martínez Lage, y como defensor de ambos procesados el teniente de infantería Carlos Aguado.

Tras los interrogatorios, González de Mendoza dicta una interrupción de diez minutos. Según el testimonio del cuñado de Pujol, Francesc Cabana, en ese momento llega una propuesta de la jerarquía, insistiendo en una oferta ya sugerida en días anteriores: si el activista pide

perdón, la sentencia será de dos años y no tendrá que cumplir condena.

Pujol lo consulta con su mujer, Marta Ferrusola, quien le habría dicho: «Escucha, no se llega hasta aquí si uno se siente adherido como tú te sientes a la causa de nuestro país, para aceptar ahora ese planteamiento». Reforzado, el acusado opta por otra alternativa.

En su intervención final ante el tribunal, contraviniendo las advertencias del general González de Mendoza, Jordi Pujol lanza, erguido y desafiante, un parlamento de cinco minutos en el que reivindica su lucha y manifiesta: «Que pertenece a una juventud que sube a la vida política con creencias espirituales y crece con exigencias cristianas [...] y no está conforme con la situación del país. Que no es separatista, pero que la situación le hace reaccionar», y, tras la tercera advertencia del presidente para que no se extienda en consideraciones ajenas a la causa, «termina el procesado pidiendo respeto a Cataluña lingüísticamente, solicitando libertad política, religiosa y social, y rechazando toda idea de injurias», según consta en el «Acta de celebración del consejo sumarísimo».

«Si el defensor parecía serio, los jefazos eran siniestros. Pero Pujol se les encaró con mítica entereza política; de ahí, al penal», resumiría Porcel muchos años más tarde.

Esta intervención le cuesta al joven líder una condena de siete años de cárcel por rebelión militar, de los que cumplirá dos en la prisión de Torrero, en Zaragoza. Los hechos juzgados, el proceso y la pena cumplida le dotan de un gran prestigio en círculos catalanistas y antifranquistas, que se mantendrá casi hasta su confesión, en 2014, de que había mantenido fondos sin regularizar en paraísos fiscales durante treinta y cuatro años. Pero eso Porcel ya no podrá verlo. Aunque un amigo suyo, el crítico Josep Ma-

ria Castellet, recordará: «El consejo de guerra y la actitud de Pujol plantando cara al tribunal militar impactaron mucho a Porcel. Cuando años más tarde le echaban en cara que era un vendido al pujolismo, él siempre decía que no, que había sido desde ese momento...».

«Por aquí ha habido mucho lío. Gente encarcelada, torturas, manifestaciones callejeras, condenas para bastantes años, hojas clandestinas, etc. El horno está al rojo vivo. Como supongo que a fines de verano iré a Mallorca a pasar unos días, ya le contaré todo esto», le resume Porcel en una carta al maestro Villalonga.